

tonces escritos, y así se explica la alusión del título. Nótese que no es *siembra* de Otoño sino *cosecha* de Otoño.

362. Luis Felipe Contardo fue cura párroco de Chillán, pero no "rural", como aquí se lee, porque Chillán no es un caserío sino una ciudad hecha y derecha. Los "párracos rurales" también existen por ahí, pero no son de Chillán sino de otras sedes.

362. La fecha de publicación de *Tiempo ausente*, de Jerónimo Lagos Lisboa, no es 1926, sino 1937.

363. Juan Guzmán Cruchaga no nació en 1896, sino en 1895.

364. Enero Espinosa no vio la luz en 1882, sino en 1879.

365. Joaquín Edwards Bello es nacido en 1887 y no en 1888.

366. *Ansia*, de Santiván, no es novela "del ambiente rural chileno", como asienta Henríquez Ureña, sino de índole urbana.

366. Guillermo Labarca Hubertson no nació en 1883, como aquí se lee, sino en 1878.

366. *El niño que enloqueció de amor*, obra de Eduardo Barrios, que aquí se menciona, es de 1915 y no de 1913; así como *Un perdido*, no apareció en 1921 por la primera vez sino en 1918. Estos puntos de cronología, insignificantes en sí, cobran decidida importancia en el juzgamiento de la obra de Barrios, donde cada título responde a una formulación estética diversa.

367. Armando Donoso no nació en 1887 sino en 1886.

Permítasenos insistir, para dar término a estas líneas, que el libro del señor Henríquez Ureña es de lo más perfecto y acabado que existe en su género, y que el estudio del Modernismo que se hace en sus páginas es logradísimo, no sólo por la prolijidad de las informaciones sino, principalmente, por la bien estudiada estructura que el autor dio a ellas. Los pequeños, casi invisibles deslices que hemos reparado en la parte correspondiente a Chile, no implican, en modo alguno, que el tratamiento del Modernismo chileno sea insuficiente o erróneo; pero en una nueva edición sería conveniente eliminarlos para facilitar la lectura.

RAÚL SILVA CASTRO

<https://doi.org/10.29393/At397-89LPAC10089>

La poesía, de DAVID VALJALO

En 1948, en las Ediciones Acanto, bajo cuyo sello gran parte de las generaciones que aparecieron por aquellos años en el cielo poético de Chile publicaron sus primeras entregas líricas, fue editado *Los Momentos sin Números*, primer libro de poemas de David Valjalo. La obra venía ilustrada por un bello dibujo de Picasso. Valjalo, oriundo del norte del país, de La Serena, vibraba y participaba de las inquietudes que fraguaron los acontecimientos sociales para el advenimiento del Frente Popular, en 1938 y que, desvanecidos, aún mantenían su fuego sagrado en aquel entonces. El vaivén político, al cual el poeta entregaba el ímpetu de sus limpias y enamoradas sienes, su ardor ciudadano extraordinario, lo dejó en las arenas de Santiago, abandonando su bienamada ciudad norteña.

Los Momentos sin Números situaron a Valjalo en lugar escogido entre las novísimas promociones poéticas. Traía una preciosa claridad en el lenguaje unida a una visión plural del ser y de las cosas. No era una claridad salida de la insuficiencia de sus atributos catalizadores, sino aquella que va en demanda de la recreación lúcida a través de las simas de una realidad agobiadora. Además de este clarear sorpresivo, producto de una responsabilidad acuciante, el poeta mostraba un edificante dominio de las formas, de las que eran solidarias a la corriente de su poesía. El poeta tal vez consideró que la forma acota con felicidad al poema en la medida que sirve lo más exactamente posible el flujo que trata de separar. Era una poesía altiva que iba a jugar su rol entre una generación sensible y estudiosa.

Al aparecer este primer libro de Valjalo observamos que por su intermedio se valorizaba a un poeta de clarísimo vuelo, atento siempre al abismo de su origen, al túnel invisible que penetra en todos los dominios del hombre. En esta poesía habla una ansiedad condicionada por un superrealismo cromático que se manifestaba, sobre todo, en *Elegía al Aniversario del Universo*, aparte del delicado lirismo de los sonetos iniciales. Anotamos también en aquella ocasión que se advertía, no obstante, en la poesía de Valjalo una inmersión en lo social, pura e inestimable, que lo aferraba a lo terrestre, al nebuloso destino de su época, haciendo angustiadas sus afirmaciones.

El sentido de nostalgia estaba expreso por Valjalo en uno de sus sonetos que llevaba un título muy largo: *Soneto de Invierno desde Santiago al Muro de mi Huerto en La Serena*. La oquedad del ser trasplantado se manifestaba aquí sin evanescencias ni sonambúlicas vigiliadas, la frente alcanzada por un incesante y vitalísimo vínculo, secuencia y consecuencia de una verídica extrañeza:

*Allá en mi norte, donde existe un nombre
de agua y de mujer, tengo un amigo;
sus venas son las mismas que usa el trigo
y es su cuerpo de barro como el hombre.*

*Desde niño a su sombra busqué el sobre
esperado. Y más, junto a su abrigo
soñé que era pirata y no mendigo;
fue en vano, corazón, sigues tan pobre.*

*En mi olvido su voz está a mi lado
y el papayo que intenta ser artista;
frontera de mi huerto abandonado.*

*Teatro solitario y pesimista:
fugaz rayo de sol y su invitado:
un lagarto que imita a una corista.*

Este primer libro de David Valjalo le conquistó simpatías veraces: "Su inspiración, su fuerza, su dominio ya, del oficio, su alma profunda e inteligencia atenta a los grandes problemas misteriosos del hombre, su espíritu y la intuición de las supremas "puertas inconclusas" por donde todo nos llega o se nos va, le dan una definida jerarquía en la lírica moderna de América", le dice la Ibarbourou. Sin embargo, la obra no alcanzó a inquietar a cierta crítica social, que sólo levanta los párpados como por descuido para observar a las nuevas voces que trae la poesía.

Alrededor de 1960, Valjalo abandona el país dejando tras de sí su lucha viviente de ciudadano honorable y fija su residencia en la ciudad de Los Angeles, en los Estados Unidos de Norteamérica. A su paso por Colombia, en Bogotá, la Revista Espiral le edita su segundo libro: *El Otro Fuego*, bajo el cuidado del novelista y leal ciudadano que es Clemente Airó.

En esta poesía de *El Otro Fuego*, de Valjalo, es evidente su sentido de recreación de las cosas, en el cual lo afectivo juega un destino primordial, nobilísimo. Los sucesos no se desprenden sólo de la imagen sensible del poeta, de la mirada que acerca y deslumbra por el hallazgo inmediato. Por el contrario, parece que estos sucesos se encuentran mejor en una feliz subordinación de la memoria, prestos a su ligazón involuntaria, sujetos a la acción del tiempo que los roe, pero que no los deforma y que, al revés, les sirve de apoyo inestimable, de proceso particular en la expresión general, trascendente, de su poesía.

Así Valjalo es también un poeta de los espacios determinados, pero descubiertos, a la intemperie, que él vincula de alguna manera en su decurso imaginativo con los elementos de resonancia interna que predominan en su visión nostálgica de la existencia.

Particularmente, estos elementos se determinan en Valjalo a través del tema del amor. El amor circunda al poeta en *El Otro Fuego*, casi todo, gran parte de él, se desplaza hacia lo femenino. Poesía del amor que pasa sus llamas por sobre el más apasionado pensamiento, sobre cualquier filosofía que pudiera detenerla, en la cual las gradaciones de nostalgia son eliminadas de pronto por la intensidad y belleza con que se presenta el ser amado:

*"Antes, mi manera de niño, con mi asombro
de piel lamida. Ahora,
el tiempo en que las horas nos obligan a ser.
Antes, la autoridad del árbol con su mirada y raptó.
Hoy, el aire que interpreta, paulatino, la forma
del cansancio que cerca, azul y probatorio.
Ayer, las primeras huidas y regresos anuales.
Ahora, el amor esperado, sin antes ni después.
Antes, un día como hoy, hace treinta años.
Hoy, un año nuevo que vuelve. Ayer buscaba
y era, eternamente, el acumulador de viento,
de maderas, de ojos, sin saberte a mi lado.
Ahora, camino sin nada que perder. Por primera vez*

*me doy cuenta que sólo te amo. Pasa un tranvía.
En ese instante, Dios es una palabra."*

En esta poesía hay algo tejido y destejido, como un *fuera* y un *dentro* a la vez, raptos que ya casi no lo son en el instante mismo de serlos, pero, más que eso y lo otro, un agua profunda o más bien algo espeso, pegajoso, que no se desvincula, a pesar del fino fluir expresivo, de su claridad técnica, que nos recuerda la mejor alcuña francesa. Estas particularidades son algunas de las características del mundo con que el poeta nos recrea abriendo puertas sorprendidas, cámaras de conocimiento vedado, miniaturas de relámpagos extraordinarios.

El Otro Fuego, libro que fue escrito en Chile por Valjalo, hace ya algunos años, se encadena a su primera obra por los elementos temáticos elegidos como en el fluir expresivo. Valjalo es uno de los que comprendió a tiempo que la responsabilidad poética no se afirma en las influencias inestables del exterior sino en rondar y ahondar la raíz misma de sus propias y particulares visiones. Con justa razón el escritor y crítico Hernán del Solar ha podido decir de esta relación entre los libros de David Valjalo: "Quienes recibieron con entusiasmo su obra anterior —*Los Momentos sin Números*— no se equivocaron al sostener que aparecía un espléndido poeta. No podían equivocarse ciertamente, pues se trataba de jueces tan justos como Jorge de Lima, Juana de Ibarbourou, Antonio de Undurraga. Había allí un poema que hablaba en voz muy alta acerca de la calidad de Valjalo. Esta calidad, impuesta sin tardanza, se sostiene ahora en los quince poemas de *El Otro Fuego*. Es decir, no sólo se sostiene, pues se depura, ahonda, brilla en la rigurosidad, limpieza y precisión de cada verso".

Con *El Otro Fuego* nos agrada comprobar que Valjalo es un poeta consciente y ya sabemos que todo auténtico poeta lo es. Su verso terso, justo, tan apropiado, que no podría ser de otro modo, la belleza de sus imágenes y la actitud rebelde frente a la vida, lo hacen uno de los más auténticos valores en la verdadera poesía de Chile.

David Valjalo es un poeta que al hurgar dentro de sí no abandona la realidad del mundo sino que, del mismo modo, la indaga con extraordinario sentido humano, con el asombro de quien recreando la naturaleza crea, a su vez, la intimidad de su propio universo.

Antonio Campaña.

Elegías, por CHELA REYES. Santiago, Chile, Nascimento, 1962

Desde la aparición de su primer libro, *Inquietud*, publicado en 1926, Chela Reyes se ha distinguido por la seriedad y constancia con que ha venido realizando una obra lírica de seguro perfil personal. Su genuina pasión creadora, la plenitud de su mundo poético, la riqueza de su lenguaje y un espíritu de rigor activado eficazmente, caracterizan con altura una trayectoria de largos años de amor a la poesía.

Ya en el prólogo de *Inquietud* apuntaba ese hombre sabio y penetrante